



Estudio Para Grupos de Crecimiento

ESTUDIO 1378

Brisas

EL ARREPENTIMIENTO

Parte 2

¿Qué es pecar?

Pecar es no alcanzar la medida que Dios estableció en Su ley.

“por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,” Romanos 3:23

Puede ser diez por ciento menos, o cuarenta por ciento menos, u ochenta por ciento menos. El asunto no es el porcentaje, sino el hecho de que todos hemos quedado cortos, por cuanto todos hemos pecado. ¿Qué implicaciones tiene todo esto?

El pecado también es definido como una transgresión a la ley.

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.”

1 Juan 3:4

Violar la ley de Dios es pecar contra Él. Pecar es fallar en hacer lo que es correcto. *“y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.” Santiago 4:17*

Si pecar es no alcanzar la medida establecida por las normas o mandamientos establecidos por Dios, no importa si es mucho o poco lo que hemos pecado; si pecar es violar Su ley, no importa cuál de ellas rompimos; si pecar es fallar en hacer lo que es correcto, entonces podremos entender por qué la Biblia dice que *“todos hemos pecado”*. *“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” Romanos 5:12*

¿Qué produce el pecado en nosotros?

Los efectos del pecado en nosotros son mucho más grandes, más devastadores, y más desastrosos de lo que podemos suponer.

El pecado produce muerte (Romanos 6:23).

El pecado produce condenación (Juan 3:18).

El pecado produce perdición (Mateo 25:46).

El pecado produce fuego eterno (Judas 7).

El pecado termina en el lago de fuego y la muerte segunda (Apocalipsis 20:14).

El pecado rompe nuestra relación con Dios.

Esta situación es más difícil cuando pensamos que tenemos relación con Dios, pero en realidad no hay nada. Por esta razón es que somos indiferentes al llamado del Señor al arrepentimiento. Estar en problemas es una cosa, pero estar y no saberlo es aún más serio. Muchos asumimos tener una relación con el Señor porque tenemos padres cristianos y somos miembros de una iglesia, o porque tenemos algún conocimiento de la Biblia y participamos en una u otra ceremonia cristiana, pero no estamos arrepentidos de nuestros pecados.

Debemos permitir que el Espíritu Santo nos los muestre y cooperar con Él, y responder a cada nuevo anhelo hacia Dios que Él produzca en nosotros para arrepentimiento. Nunca permitamos que la indiferencia nos controle.

La ayuda sobrenatural de Dios

Los seres humanos necesitamos ayuda sobrenatural. En este punto de desesperación, Dios acude en nuestra ayuda. Él nos da la capacidad para arrepentirnos. *“El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.” Hechos 5:30-31*

Lucas pone en claro este asunto e incluye a los gentiles: *"Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!"* Hechos 11:18. Es gracia del Señor, no sólo llamarnos al arrepentimiento, sino ayudarnos sobrenaturalmente. Los seres humanos necesitamos ayuda sobrenatural.

El milagro del estanque de Betesda ilustra esto también. Cuando el paralítico, en respuesta a la pregunta. ¿Quieres ser sano? le expresó a Cristo su incapacidad para moverse, nuestro Señor respondió con un mandato real: *"Levántate, toma tu lecho, y anda"*. Fue en este momento que el milagro ocurrió. Lo único que el hombre no podía hacer era levantarse. Ese había sido su problema por espacio de 38 años, pero la Palabra que Jesús le dirigió fue una de poder, creativa, que salvó el abismo entre la gracia de Dios y la necesidad del paralítico. La gracia llegó al paralítico en la orden para que se levantara... y lo capacitó para hacerlo. La gracia viene con la Palabra del Evangelio y su invitación al arrepentimiento. Esta contiene en sí misma el poder para romper la esclavitud y el poder del pecado que mora en nosotros y otorga como un don de gracia, la posibilidad para que nos volvamos a Dios arrepentidos.

Debemos recordar que el Evangelio es mucho más que la historia de cómo Jesús murió y resucitó por nuestra salvación. Es poder, *"El poder de Dios para salvar a todo aquel que cree."* (Romanos 1:16), y cuando es predicado, libera un poder que nos levanta el corazón y la voluntad, trayéndonos a Cristo y librándonos del pecado que hasta el presente nos ha mantenido cautivos. Como dice el apóstol Pablo: *"...agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación."* 1 Corintios 1:21

¡Qué increíble poder es liberado cuando el Señor habla! Fue Su palabra la que hizo la tierra y toda su creación. Cuando habló, se calmó la tempestad, los demonios salieron y aún la muerte fue vencida. Su palabra nunca desfallece, nunca retorna a Él vacía, sino que hace la obra para la que fue enviada, ella cumple todo lo que Él ha determinado realizar. Su palabra es vida. Cada vez que la palabra viva nos es hablada, produce algo en nosotros. Cuando Él dice ¡arrepíentete! no sólo nos está dando una orden, sino el mandato incluye el poder y la gracia que necesitamos para que dicha orden sea cumplida. Por esta razón es que somos capaces de romper con la esclavitud que hemos mantenido por años.

El otro lado de la moneda

Aunque es verdad que si el Señor no toma la iniciativa de llamarnos al arrepentimiento y a la salvación, y que si no nos capacita para responderle, no hay salvación, también es cierto que las Escrituras nunca excluyen nuestra responsabilidad. Somos capaces de endurecer nuestro corazón al llamado de Dios. Esa es la razón por la cual el Señor nos dice: *"...Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones."* Hebreos 4:7. Este es el otro lado de la moneda; Su llamado y nuestra respuesta forman el cuadro completo.

La Palabra produce fe

Nuestra respuesta a Su llamado debe ser una respuesta de nuestra fe. Pero, ¿cómo es que esto se produce? A *"cada hombre"* se nos ha dado una *"medida de fe"* (Romanos 12:3). Esta medida de fe debe ser activada. Pero ¿cómo? Para que esto ocurra debemos ser oidores de la Palabra. Pablo dice: *"¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ...Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios."* Romanos 10:14,17. Cuando oímos la Palabra de Dios (oímos que el Señor nos habla), esa misma Palabra produce fe en nosotros y somos capacitados para creer en Dios. ¡Es un milagro lo que ocurre! Esto va mucho más allá de la simple aceptación intelectual, aunque el intelecto esté involucrado. Esto es a lo que Pablo llamó *"oír con fe"* (Gálatas 3:2)

Cuando la verdad viviente de Dios toca nuestra vida, la "impresión" que deja sobre nosotros, es precisamente esta habilidad para obedecer de corazón la invitación al arrepentimiento y la fe en Cristo.